

UNA HISTORIA DE PASCUA DEL SOL Y LA LUNA

7º

Tan inconstante como se había mostrado la Luna en todo lo demás, en una cosa siempre insistía con terquedad: el delicado y dorado cinturón que Dios había trazado con el roce de su mano sobre la bóveda celeste le parecía demasiado hermoso, y quería, como el Sol, recorrer sus caminos sólo sobre esa franja.

- "Está bien", dijo el Señor, "me parece correcto que por la noche sigas los mismos caminos que el Sol durante el día. Pero ¿sabes que en su curso anual, sube y baja, trayendo a la Tierra la primavera, el verano, el otoño y el invierno? ¿Cómo piensas manejar eso?"

- "Yo también recorreré toda la extensión de la franja", dijo la Luna, "y para que todo el mundo vea qué clase de luz celestial soy, me apresuraré y completaré en un mes lo que al Sol le toma un año entero".

El Señor sonrió y guardó silencio.

Y la Luna comenzó su viaje. Los Hombres en la Tierra, que veían el arco diario del Sol crecer en un hermoso equilibrio desde Navidad hasta San Juan, y disminuir de la misma manera desde San Juan hasta Navidad, no podían dejar de maravillarse al seguir los caminos de la Luna. Aunque nunca se desviaba del delicado y brillante cinturón celestial, era casi imposible saber, de una noche a otra, en qué punto del horizonte oriental aparecería, qué arco describiría y dónde finalmente se pondría. No sólo llegaba tarde, a veces veinte minutos, a veces más de una hora, detrás de las estrellas que seguían su curso constante, sino que también quería tener sus propios tiempos y establecer su propio plan de viaje, diferente al de todas las demás luces celestiales.

Era justo la época del verano temprano cuando todo esto sucedió. El Sol ascendía y se acercaba a su punto más alto. Brillante, se alzaba en el cielo al mediodía, iluminando incluso las piedras sin vida, y su luz era tan intensa que, incluso en la oscuridad de la noche, aún se podía sentir su resplandor.

Mientras tanto, la Luna, como había anunciado, recorría rápidamente la anchura del cinturón dorado. Pero ¡cuánto se enfadó cuando llegó al borde superior justo en el momento en que debía desaparecer como un fino cuarto creciente y reaparecer como una delgada hoz! A medida que crecía, sus arcos nocturnos se encogían cada vez más, y cuando finalmente alcanzaba su forma redonda y llena, también llegaba al borde inferior del cinturón celestial. Esto lo disgustó mucho, y decidió cambiarlo.

Y así fue: en su próxima fase de luna llena, trazó un arco un poco más grande que en San Juan, y cuatro semanas después, como luna llena, uno aún más alto, y así continuó mes tras mes. Finalmente, cuando llegó la Navidad, la luna llena permaneció en el cielo toda la larga noche de invierno, tan alta como el Sol en San Juan, y su luz llenó y dominó el mundo cubierto de nieve.

Los Hombres la miraban con admiración.

-*"Así me gusta"*, dijo la Luna. *"El Sol ahora recorre su camino más corto y bajo durante el día, y yo, en mi plenitud, el más amplio y alto"*. Y brillaba con orgullo, iluminando el doble.

Pero a quien siempre le gusta lo nuevo, como al plateado señor del cielo nocturno, le resulta difícil mantener y conservar lo que ha ganado. Diciembre pasó, llegó enero. Aún podía mantenerse en una altura considerable.

-*"Qué fría es su luz"*, decían los hombres, y se refugiaban en sus cálidas habitaciones. *"¿No bajará nunca de su alta posición?"*

Pero cuando llegó febrero, sucedió que la Luna ya había completado su camino más amplio antes de alcanzar su plenitud. En marzo, le fue aún peor. Y lo malo para ella fue que, mientras como luna llena tenía que conformarse con arcos cada vez más pequeños, el Sol ampliaba su camino día a día, subiendo más alto cada mediodía.

-*"Si esto continúa, pronto me habrá superado"*, murmuró la Luna.

Y, en efecto, poco después del Equinoccio de Primavera, llegó una noche de luna llena en la que la plateada compañera tuvo que recorrer un arco más pequeño que el Sol durante el día.

Los hombres que lo notaron se alegraron y dijeron:

-*"El Sol ha vencido a la Luna, su cálido resplandor brilla más alto en el cielo durante el día que la pálida luz de la luna llena por la noche. Ahora sabemos que el invierno finalmente debe abandonar nuestra tierra. Por eso queremos estar felices y celebrar un festival en honor al Sol fortalecido"*.

Y así, el día que siguió a la noche en que la luna llena había estado más baja en el cielo que el Sol durante el día, los hombres celebraron **la Pascua**, y así ha permanecido hasta hoy. Cuando los niños encuentran los cuencos de Pascua con los huevos de colores en el jardín, en el aula o en casa, podemos estar seguros de que el Sol ha retomado su dominio en el cielo y que la luna llena tendrá que conformarse en silencio hasta el otoño, le guste o no. Su reino es la noche, su tiempo es el invierno.

¡El día y el verano deben dejárselos al Sol!

Aportación de Joachim Brühl